

# 1

La sesión de aquel día estuvo muy concurrida; el Parlamento, abarrotado. Acudieron todos los miembros del gabinete. Era natural porque era un día importante: iban a presentar los presupuestos con la certeza, además, de que serían aprobados, lo que no ocurría desde 1903. Los asuntos financieros del país habían estado marcados por las *indemnitas*, decretos inconstitucionales conocidos popularmente como *ex lex*, que habían tenido efectos desastrosos en la economía.

Ahora, por fin, en otoño de 1906, la economía nacional volvía a su cauce, lo que suponía un gran mérito del gobierno de coalición.

Su portavoz, Pál Hoisty, subió a la tribuna; su hermosa cabeza cubierta de canas y su barba cortada al estilo emperador lucían muy bien delante del revestimiento de roble del podio presidencial. Alabó con palabras rebuscadas la solemnidad del momento, la bendita armonía que había vuelto a reinar entre la nación y el rey, el emperador Francisco José.

Apenas un par de diputados entusiastas soltaron unos cuantos débiles vítores. La Cámara siguió callada. No sólo el partido de las minorías, que en los bancos superiores del centro-derecha rodeaba en silencio a su presidente, el serbio Mihály Polit —que iba a votar a favor de la aprobación—, sino también los demás partidos guar-

daban igualmente silencio porque justamente esa mañana del 22 de noviembre el periódico vienés *Fremdenblatt* había publicado un artículo que desmentía la gran armonía reinante.

El artículo hablaba sobre la propuesta redactada el día anterior por el consejo de justicia y que —así pensaban todos— sería aprobada en la sesión de ese día.

Era un asunto delicado, desagradable.

Las dificultades habían empezado dos días antes cuando un diputado del Partido Popular había propuesto formular una acusación contra el gabinete de Fejérváry, recientemente dimitido. El gobierno en esa ocasión no había podido eludir el debate sobre la moción como lo había hecho en julio, durante la discusión de una respuesta al rey, con diferentes iniciativas por parte de los condados y ciudades, ni podría hacerlo ahora porque quien la proponía era un hombre íntimo de Rakovszky. Se sospechaba que él estaba detrás de la acusación, y en el bando de Ferenc Kossuth se hablaba de una agresión solapada, un artificio malévolo, un intento de romper la colaboración de los partidos coaligados. ¡Y habían atacado el punto más débil! Todo el mundo sabía —y Rakovszky mejor que nadie— que una condición del traspaso del poder gubernamental había sido la inmunidad del gabinete anterior. Los líderes de los partidos de la coalición se habían comprometido a ello ante el rey, aunque no se había hecho público; al contrario, cuando en verano el ministro de Comercio del «gobierno de guardias» de Fejérváry, László Vörös, había ventilado las condiciones del pacto, fuentes oficiosas negaron sus afirmaciones aunque no categóricamente. Sin embargo, ahora, debido a la provocación del Partido Popular, tenían que encarar el problema y solucionarlo de modo que la oposición nacionalista estuviera satisfecha, y además se cumpliera con la palabra dada.

Lo consiguieron gracias a la intervención de Ferenc Kossuth, que había impuesto toda su autoridad en el comité declarando: «No existe ningún pacto puesto que sería contrario a la Constitución...». Fue una frase peligrosa porque se sabía que el emperador los había nombrado con condiciones prescritas, pero quedó bien: altisonante y decorosa.

Así logró que el Parlamento descartara la acusación y se limitara a dictar una resolución según la cual Fejérváry y sus compañeros merecían la denominación de «consejeros infieles al rey y a la nación» y los dejaba a merced del «juicio demoledor de la nación».

Dispuso además que el edicto fuera anunciado en carteles cuando fuese aceptado como resolución por la Cámara.

Fue una solución acertada, excelente. Todo el mundo salió satisfecho de la reunión: los extremistas porque podían marcar con el estigma de la infamia al odiado «gobierno de guardias», y los ministros porque habían eludido una demanda que bajo ningún concepto habrían podido satisfacer.

Pero esa mañana estalló la bomba. El periódico vienés *Fremdenblatt*, conocido por ser el portavoz de la corte, publicaba un editorial en el que, bajo el título gratuito *Noticias de Budapest*, hablaba sobre la «futura modificación» de la resolución del día anterior, pues era absurdo que personas que habían gozado de la confianza del rey fueran puestas en la picota a la vista de todo el mundo. A esto le seguía otra noticia «del entorno de Fejérváry» según la cual en la próxima sesión de la Cámara Alta él mismo interpondría y haría públicos los detalles del pacto.

No hubo más. Sólo eso.

En el Parlamento se respiraba un ambiente cargado, y no sólo a causa del desapacible tiempo otoñal y de la oscuridad de la sala de techo acristalado. Desde la galería de la prensa y desde la parte alta, la luz eléctrica resaltaba más si cabía lo lóbrego del lugar y apenas brillaba en los mármoles artificiales y en los falsos dorados. Desde arriba no se veía el color de las figuras de yeso, sólo las canas esplendorosas del ponente en la tribuna.

Los diputados permanecían en la sesión ausentes y apenas si escucharon las frases fluidas del portavoz. El nuevo giro, la amenaza latente del *Fremdenblatt* fue discutida en pequeños grupos tanto en las filas de Partido de la Independencia como en las del Partido Popular y del Partido de la Constitución.

Ferenc Kossuth y el ministro de Justicia Polonyi discutían nerviosos y en voz baja con Visontai quién había redactado la resolu-

ción del día anterior. Solamente Wekerle estaba tranquilamente echado hacia atrás en su escaño de primer ministro, con su rostro de emperador romano girado hacia el ponente. El presupuesto era obra suya y tal vez se deleitaba escuchándole. Además, era un hombre con nervios de acero que ya había aguantado otros temporales.

«¡Cómo ha cambiado el mundo!», pensó Bálint Abády, que por ser diputado independiente ocupaba un asiento frente a la presidencia, en los escaños superiores del centro. «Hace año y medio habría habido una trifulca. Los parlamentarios se habrían levantado de un salto para interpelarlo, maldiciendo a la maldita Viena, a las oscuras camarillas. Tal vez hasta el mismo presidente hubiese levantado la voz contra la intervención ilícita de “un periódico extranjero”. Ahora son más prácticos, y contemplan las circunstancias reales. Quizá hayan aprendido la lección...», pensó escuchando el discurso del portavoz del gobierno de coalición.

Cuando el discurso llegaba a su final alguien se levantó de los escaños del Partido de la Revolución de 1848, conocido como Partido de la Independencia, y se sentó al lado de Abády. Era el doctor Zsigmond Boros, abogado y diputado por Marosvásárhely. Su carrera había empezado con bastante éxito: tras las elecciones de 1904 había sido el líder y portavoz de la extrema derecha. Al formarse el gobierno de coalición tuvo un cargo de secretario de Estado en el ministerio de Kossuth, pero a los dos meses dimitió inesperadamente sin razón alguna. Se murmuraba que tenía problemas con la justicia. Aunque no había nada seguro, todo el mundo lo trataba con frialdad porque en aquel entonces se consentían muchas cosas en política, pero en materia de honor se era inflexible. Desde su dimisión, Boros había frecuentado poco el Parlamento, quizá había estado en el extranjero, o se había dedicado a poner en orden sus asuntos. Hacía dos días que había vuelto a aparecer. Abády observó que desde el principio de la sesión había estado hablando con varios grupos, pasando de uno a otro y explicando algo en voz baja. Ahora se había sentado a su lado, seguramente a propósito.

Apenas el presidente anunció diez minutos de pausa tras el discurso, Boros se dirigió a Abády:

—Me gustaría hablar un rato contigo.

Salieron al pasillo entre el tropel de diputados y pasaron a la espaciosa y oscura sala de reuniones, cuyas columnas y sofás separados por tableros parecían hechos para conjurados.

Se sentaron en el primer sofá.

—Quiero pedir tu consejo en un asunto nacional de gran relevancia —comenzó Boros la conversación—. Estoy gravemente preocupado y no sé cuál es el camino debido. Tengo que remitirme a mucho antes, a las circunstancias de mi dimisión.

Bálint recordó rápidamente lo que había oído —nada seguro, sólo alusiones incriminatorias—, y al tenerlo enfrente se preguntó si sería justo. No podía creérselo.

Zsigmond Boros era un hombre apuesto, de frente marmórea, sin arrugas; mirada directa, tranquila, y rostro pálido enmarcado por una perilla roja y bien cuidada. Daba una excelente impresión que no se veía mermada por el hecho de vestir a la moda, lo que resultaba insólito e inesperado en un abogado rural.

Con voz sonora y aterciopelada volvió a hablar sobre el artículo de László Vörös que había desvelado las condiciones del pacto.

—Tú no estuviste aquí entonces, ¿verdad? —dijo.

—No —contestó Abády secamente—, estaba en el extranjero.

—Es cierto, he oído que estabas viajando por Italia. Pues permíteme que te lo explique.

Le contó que el artículo del ex ministro del «gobierno de guardias» decía que durante las negociaciones se había hablado de pasar el gobierno del país a manos de un gabinete formado *ad hoc* para sacar adelante la ley del sufragio universal, y que estaría formado por miembros del Partido de la Independencia y del gobierno anterior, cuyo presidente habría sido el mismo autor del artículo, László Vörös. Afirmó además que Ferenc Kossuth había aceptado.

—Entonces fui a ver a Kossuth. Quería saberlo a ciencia cierta y me creí en mi derecho por ser su secretario de Estado, es decir, una persona de confianza. Kossuth admitió que se había hablado de tales planes, pero que él lo había tomado *ad referendum*, como propuesta de dimisión. Pero dado que los otros dos partidos de la

oposición, el Constitucional y el Popular, que hasta el momento habían desaprobado el sufragio universal, por fin aceptaban la reforma del derecho electoral, le pareció natural que las demás soluciones perdieran validez. Kossuth entonces me enseñó el texto del pacto. Por eso decidí dimitir, no por la sarta de calumnias que ahora vierten sobre mí y que se difunden desde que dejé mi puesto. Puesto que no tuve posibilidad de aclarar el motivo de mi dimisión, es natural que «ciertos círculos» lo expliquen de esta manera —concluyó.

Boros se quedó un momento callado, como si esperara la opinión de Bálint, y continuó:

—Pues sí que existe un pacto. Ayer, en el comité, Kossuth, vamos a usar un eufemismo, se arriesgó a pronunciar una afirmación que no correspondía a la realidad en todos sus pormenores, y yo me digo: ¿debemos tolerarlo?, ¿debemos dejar que el país se lo crea?, ¿no es nuestro deber intervenir y acabar con la desinformación del pueblo?, ¿no es justamente nuestra obligación? Yo no tengo compromisos. No he prometido guardar silencio. Es cierto que cuando se produjo estaba cumpliendo un cargo, pero es un asunto político y no oficial. Si lo sacara en el Parlamento, el gobierno se desplomaría como un castillo de naipes.

Boros lanzó una mirada interrogadora a Bálint.

—¿Por qué me lo dices a mí? —preguntó Abády.

—Porque pienso que eres una persona de mentalidad independiente que tiene amplitud de miras, más que la mayoría. Conozco el trabajo que has emprendido en Transilvania con las cooperativas y lo aprecio mucho. Permíteme que te explique cómo veo la situación actual. Por qué razón considero que estamos en una fase muy nociva, si no fatídica.

En ese momento afloró otra cara de la personalidad de Zsigmond Boros que Abády no había visto nunca. Hasta ahora lo había conocido como un orador distinguido y un poco demagogo que sabía formar bellas frases patrióticas, pero vacías; eslóganes bien ideados, propios de una asamblea popular. No obstante, ese día estaba hablando objetivamente, desde una óptica insólita.

Hablaba con sarcasmo y sus palabras delataban un odio soterado.

—Está claro que este gobierno está basado en la mentira. Hicieron creer al pueblo que la coalición había triunfado, pero es justo todo lo contrario. El rey ganó la partida y quedó demostrado que el camino que pretendían forzar las llamadas reformas, especialmente en el campo militar y en otros, era totalmente inviable. Pero nadie quiere reconocerlo. Y para sostener el engaño enredan al público con patrañas. El Parlamento ha pasado todo el mes de octubre discutiendo sobre las leyes que rehabilitan a Rákóczi. La resolución de hoy es otra patraña. Y habrá más en cualquier asunto con el que puedan ganar popularidad; no les queda más remedio, ya que no se atreven a reconocer que todo lo que habían anunciado en la campaña electoral es inviable. Tienen que estar al acecho de cosas vistosas para tapar el fracaso total de su programa. Y es una práctica tremendamente peligrosa porque están creando una cantidad exorbitante de leyes y disposiciones que son pura fachada. Sólo son del agrado de la prensa, buena materia para editoriales. Y como no podemos cambiar nuestra relación con Austria vestirán su impotencia con fórmulas jurídicas. Lo mismo ocurrirá con el banco independiente, el sistema aduanero y la defensa nacional. Y los austriacos son listos. Nos harán pagar las formulas independentistas con dinero contante y sonante, y nosotros lo consentiremos, simplemente para poder hablar de «contrato aduanero» en vez de «unión aduanera». Y así pasará con todo, porque el gobierno tiene que mantener la apariencia de ser patriota y demostrarlo al menos en los asuntos que no están limitados por el pacto. En este ambiente plantea Apponyi la nueva ley de la enseñanza pública; está dispuesto a sacrificar mucho dinero para que en teoría la enseñanza sea más húngara, y así quiere Kossuth imponer un nuevo reglamento para la gestión de la Red Nacional de Ferrocarriles en Croacia. Están trabajando en el anteproyecto de ley. ¡Quieren disponer que los empleados ferroviarios hablen húngaro en Croacia! ¡No se puede inventar estupidez mayor!

## 20 MIKLÓS BÁNFFY

—¿De verdad? —dijo Bálint atónito—. Pero según la ley, la lengua oficial en Croacia es el croata.

—¡Naturalmente! Y mientras estuve en el cargo me opuse al proyecto. Me opuse porque fuimos nosotros quienes derrumbamos el gobierno de Khuen y apoyamos que la coalición serbia obtuviese mayoría. Era la política justamente de Ferenc Kossuth, porque los partidos serbios eran los únicos que le apoyaban en la unión personal.\*

Abády lo interrumpió por primera vez con vehemencia:

—Seguramente no lo hicieron por nosotros. La consecuencia inmediata de la «unión personal» húngara sería que Croacia tendría los mismos derechos, y por consiguiente se separaría de nosotros. Y tal vez más tarde, se formara un país eslavo al sur junto con Bosnia y Dalmacia, es decir, un *trialismo*. ¡Sé que es la idea preferida de algunos círculos vieneses!

—Creo que es un asunto discutible. Lo cierto es que es absurdo secundar primero que un movimiento llegue al poder y acto seguido cortarle las alas. Si este gobierno sigue en el poder lo hará. Por eso me planteo si no es mi obligación tumbar todo el sistema.

Bálint recordó las reuniones que había tenido con distintos ministros para fomentar la organización de cooperativas en Transilvania, y que parecían haber dado frutos; pero en una cuestión tan grave como provocar una crisis de gobierno no quería tener responsabilidad.

—Es cierto que lo que me has contado es serio. Es muy pernicioso que el origen y el fin de las medidas gubernamentales no sean el provecho estatal, sino el nacionalismo extremo. Me honra que me lo hayas contado, pero yo no puedo aconsejarte en este asunto. De todas maneras, pienso que durante la sesión has hablado con más gente...

—¡Oh! No de esto y no tan explícitamente. Tampoco espero que me des consejos, sólo esperaba poder analizarlo con una persona a

\* Alianza de varios estados soberanos que se vinculaban compartiendo el mismo jefe de Estado, rey o emperador, como en el caso de la Monarquía Austrohúngara.



la que aprecio mucho, y demostrar por qué he dimitido; por serios asuntos nacionales, y no por las sospechosas finanzas de las que me acusan.

Y de repente el doctor Zsigmond Boros volvió a ser el orador habitual. Hizo resonar al barítono aterciopelado que sólo usaba en contadas ocasiones:

—Porque yo que sólo sirvo a la causa patria a costa de mi vida y mi sangre, y no conozco otra voluntad, otro motivo ni otra intención, y no he conocido nunca sino la grandeza, el poder y la prosperidad de nuestra nación frente a las artimañas de los villanos...

Los pasillos se llenaron con el campanillazo estridente que llegó desde la sala de la cúpula contigua.

De todas direcciones aparecieron diputados apresurándose hacia la sala de sesiones. Un joven miembro del Partido de la Independencia entró corriendo y gritó:

—¡Apponyi va hablar! ¡Entrad todos! ¡Apponyi va a hablar! —y continuó corriendo.

Abády se alegró de la interrupción. Le incomodaba que Boros volviera a recurrir a los eslóganes que parecían mermar los argumentos aparentemente objetivos que acababa de exponer.

Regresaron juntos a la sala de sesiones.

En los días siguientes, Bálint no vio más a Zsigmond Boros, que no hizo ninguna interpelación ni desveló el pacto.

El gobierno de Fejérváry no quedó estigmatizado. El comité de justicia volvió a reunirse al día siguiente para redactar el nuevo texto. Cinco señores fueron nombrados para enterrar el asunto para siempre.

Resultó, pues, que el *Fremdenblatt* había tenido razón.